



Lun

Jul
2020

Esto dice el Señor:

«Yo la persuado,
la llevo al desierto, le hablo al corazón.
Allí responderá como en los días de su juventud,
como el día de su salida de Egipto.
Aquel día —oráculo del Señor—
me llamarás «esposo mío»,
y ya no me llamarás «mi amo».
Me desposaré contigo para siempre,
me desposaré contigo
en justicia y en derecho,
en misericordia y en ternura,
me desposaré contigo en fidelidad
y conocerás al Señor».

Día tras día, te bendeciré
y alabaré tu nombre por siempre jamás.
Grande es el Señor, merece toda alabanza,
es incalculable su grandeza. R/.

Una generación pondera tus obras a la otra,
y le cuenta tus hazañas.
Alaban ellos la gloria de tu majestad,
y yo repito tus maravillas. R/.

Encarecen ellos tus temibles proezas,
y yo narro tus grandes acciones;
difunden la memoria de tu inmensa bondad,
y aclaman tus victorias. R/.

El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas. R/.

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba, se acercó un jefe de los judíos que se arrodilló ante él y le dijo:
«Mi hija acaba de morir. Pero ven tú, impón tu mano sobre ella y vivirá».
Jesús se levantó y lo siguió con sus discípulos.

Entre tanto, una mujer que sufría flujos de sangre desde hacía doce años, se le acercó por detrás y le tocó la orla del manto, pensando que con solo tocarle el manto se curaría.

Jesús se volvió y al verla le dijo:

«¡Ánimo, hija! Tu fe te ha salvado».

Y en aquel momento quedó curada la mujer.

Jesús Llegó a casa de aquel jefe y, al ver a los flautistas y el alboroto de la gente, dijo:

«¡Retiraos! La niña no está muerta, está dormida».

Se reían de él.

Cuando echaron a la gente, entró él, cogió a la niña de la mano y ella se levantó.

La noticia se divulgó por toda aquella comarca.

Este texto del profeta Oseas pertenece a un poema en el que describe su relación con Gómer, su esposa infiel, símbolo de la infidelidad de Israel a la alianza con su Dios.

Después de varios reproches y amenazas de castigos por su infidelidad, tenemos aquí la respuesta definitiva: el perdón. Lo que termina triunfando es el amor de Dios, que acoge de nuevo a la esposa, aunque ésta no se halle plenamente arrepentida. El acento recae sobre el amor gratuito de Dios.

Así revela el amor celoso que Dios siente por el pueblo: ante la esposa/pueblo, que no ha mostrado ningún signo de arrepentimiento y conversión, el esposo/Dios es el que cambia y elige el desierto como lugar de reencuentro. Allí la tentación queda lejos, se renueva la alianza y recomienza una nueva historia de amor. La iniciativa ha partido del esposo/Dios, y la esposa lo recibe todo. Se ha dado un salto de nivel: Dios, olvidando la infidelidad, ofrece un futuro de reconciliación total, de recomienzo absoluto.

La gran novedad de Oseas es que muestra que el perdón antecede a la conversión. Dios perdona antes de que el pueblo se convierta, aunque no se haya convertido. Y esto no significa que la conversión sea innecesaria. Pero sí que se produce como respuesta al amor de Dios, no como condición previa al perdón.

En los momentos de fragilidad y de pecado Dios no nos abandona, nos sigue ofreciendo su perdón antes de que se lo pidamos, nos invita a reanudar nuestra relación con Él. Dios siempre está a la espera de nuestra vuelta cuando nos alejamos, y si hace falta, nos llevará al desierto, a la soledad donde podremos entrar con Él en una nueva alianza.

En el evangelio de hoy aparece Jesús realizando dos milagros, milagros que responden al poder de la fe de los que acuden a Él con confianza. Dos personas muy distintas entre sí:

El primero es un judío importante; por Marcos sabemos que es Jairo, jefe de la sinagoga, que se arrodilla ante Jesús para pedirle que resucite a su hija, y Jesús, al ver su fe, accede a ir con él a su casa.

La otra persona que acude a Jesús es una mujer enferma, y por ello marginada, pues nos dice el evangelista que sufría flujos de sangre desde hacía años, y eso la convertía en impura según la ley. Por ello, no se atreve a acercarse abiertamente a Jesús, y lo hace a escondidas, por detrás, intentando pasar inadvertida, con temor a ser descubierta, pero con una fe tan grande que confía en que sólo con tocar el borde del manto se curaría.

Jesús, aunque iba deprisa a casa de Jairo, se para, pues siempre tiene tiempo para los que acuden a Él, se vuelve a la mujer y le dice “Hija, tu fe te ha curado”. Reconoce que sin la fe de la mujer, él no hubiera podido realizar el milagro.

Luego sigue su camino hacia la casa del jefe de la sinagoga, manda salir a la gente y, sin hacer caso del alboroto, llega hasta la niña muerta, y por lo tanto impura, y la coge de la mano, es decir, vuelve a hacer algo prohibido por la ley: tocarla. Y la niña se levanta.

Jesús es la última esperanza para los dos que acuden a Él movidos por la fe. Y Jesús confirma que la superación de la muerte pasa por la fe y la esperanza. Es la fe la que precede al milagro, es el acto de fe el que hace posible que Jesús cure y devuelva la vida.

Y la fe es a su vez don de Dios. La fe es apostar por lo imposible, por lo inverosímil. Don que hay que pedir insistentemente para que crezca, y a la vez, como dice Benedicto XVI: “La fe sólo crece y se fortalece creyendo”.



Monasterio de las Dueñas (Salamanca)

Mar

Jul
2020

Esto dice el Señor:

«Han constituido reyes en Israel, sin contar conmigo,
autoridades, y yo no sabía nada.

Con su plata y con su oro
se hicieron ídolos para establecer pactos.

¡Tu becerro te ha rechazado, Samaría!

Mi ira se inflamó contra ellos.

¿Hasta cuándo serán culpables
de la suerte de Israel?

¡Un artesano lo ha hecho,
pero eso no es un Dios!

Sí, terminará hecho pedazos
el becerro de Samaría.

Puesto que siembran viento,
cosecharán tempestades;

“espiga sin brote no produce harina”.

Tal vez la produzca,

pero la devorarán extranjeros.

Efraín multiplicó los altares de pecado,
y fueron para él altares de pecado.

Para él escribo todos mis preceptos,
son considerados cosa de otros.

Sacrificios de carne asada!

Sacrificaron la carne y se la comieron.

El Señor no los acepta.

Tiene presente su perversión

y castiga sus pecados:

deberán retornar a Egipto».

Nuestro Dios está en el cielo,

lo que quiere lo hace.

Sus ídolos, en cambio, son plata y oro,
hechura de manos humanas. R/.

Tienen boca, y no hablan;

tienen ojos, y no ven;

tienen orejas, y no oyen;

tienen nariz, y no huelen. R/.

Tienen manos, y no tocan;

tienen pies, y no andan.

Que sean igual los que los hacen,
cuantos confían en ellos. R/.

Israel confía en el Señor:

él es su auxilio y su escudo.

La casa de Aarón confía en el Señor:

él es su auxilio y su escudo. R/.

En aquel tiempo, le llevaron a Jesús un endemoniado mudo. Y después de echar al demonio, el mudo habló. La gente decía admirada:

«Nunca se ha visto en Israel cosa igual».

En cambio, los fariseos decían:

«Este echa los demonios con el poder del jefe de los demonios».

Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia.

Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor».

Entonces dice a sus discípulos:

«La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».

El bueno y paciente Oseas observa el caminar del pueblo bajo el mandato de Jeroboán y contempla con desaliento -¿o con rabia?- que el camino que trazan al pueblo no es lo que Dios espera de sus fieles. Abunda la idolatría. Este fenómeno lo limitamos a adorar falsos dioses; no nos damos cuenta de que lo grave de todo ello está en las consecuencias que se proyectan en la conducta de esos seguidores. Hace relación a comportamientos que se alejan de la rectitud y traen consigo injusticias, asesinatos, corrupción; todo eso que prohíbe la ley de Dios. Por eso su predicación es una llamada a la conversión.

La conversión que él predica es una propuesta para abandonar la hipocresía. El profeta señala que en ellos la vida va por un lado y el culto por otro. Por eso Dios rechaza sus ofrendas. ¿Qué sentido tienen esos altares si los que allí se acercan no tienen a Dios en su corazón?

Ofrecer sacrificios a Dios olvidando lo que Él quiere, es lo que Oseas condena. Todo ese comportamiento, toda esa incoherencia tendrá consecuencias en el pueblo. El exilio en Babilonia será el resultado de un estilo de vida que Dios no acepta.

La llamada de Oseas llega hasta nosotros. Hemos valorado mucho el culto, el cumplimiento de leyes, pero olvidando muchas veces lo más importante: nuestro compromiso para aportar, con nuestros actos, algo al cambio de esta sociedad. El mundo camina alejado de la justicia, la solidaridad, el amor. Valoramos poco el gesto oportuno, el detalle discreto, el trato humano y la preocupación y solidaridad por los que menos tienen. Todos estos aspectos culturales, que no hay que infravalorar, no pueden dejarnos tranquilos. Son insuficientes. Hay algo más importante: comprometernos, de verdad, para hacer el bien. Solo así nuestro culto ser verdadero y mantendremos lejos la hipocresía.

El evangelista nos transmite dos milagros realizados por Jesús. Dar la vista a dos ciegos -evangelio de ayer- y devolver el habla a un mudo, el de hoy. Todo ello provoca la admiración en sus oyentes. La frase es significativa, no es lo que están acostumbrados a ver y surge el asombro y la admiración. El pueblo sencillo ve las cosas sin malicia y su interpretación de los hechos se atiene a la realidad de lo que contemplan. La admiración conduce a los interrogantes y, desde ahí, el esfuerzo por encontrar su respuesta. Curiosamente, cerca están los fariseos que, habiendo visto lo mismo, rechazan la realidad y lo interpretan torticeramente para negar lo que hay detrás de la acción de Jesús: la mano de Dios.

Si algo define claramente el paso de Jesús por este mundo fue que “pasó haciendo el bien” y, hacer el bien, significó dejarse afectar por la pobreza y necesidad de la gente. Ve aquellas multitudes como “ovejas sin pastor”, desorientadas, necesitadas de luz para saber por dónde caminar. Y surge en Él la compasión. Y actúa: les lleva un mensaje donde queda patente la bondad de un Dios que ama a todos y solamente quiere el bien de sus hijos.

En el corazón de Cristo solo hay amor. La compasión no es otra cosa que la proyección de ese amor que bulle en su corazón. Es la compasión que va más allá del simple sentimiento de tristeza ante el mal de los demás. Conlleva hacer algo por que ese mal desaparezca.

La labor de Jesús en la predicación del Reino es inabarcable. Se extiende por todas partes donde hay dolor, tristeza, necesidad material y espiritual. También nosotros en nuestro deseo de hacer el bien podemos sentirnos desbordados. Muchas veces nuestra actuación es muy limitada. Ante esa realidad no cabe la lamentación vacía mientras contemplamos el mal. La realidad debe instarnos a obrar y cuando observemos la tarea que nos queda por realizar, y a la que no llegamos, no hemos de dejar lugar al desaliento. Hemos de levantar nuestro corazón a Dios para presentarle esa mies y pedirle que envíe obreros. Que nuestra acción imperfecta termine siempre en sus manos a través de una oración sencilla y confiada.

Vivimos en un mundo donde Dios está siendo aparcado de forma displicente. Algunos lo ven innecesario. Los que creemos y esperamos en Él, podemos sentir nuestra impotencia ante la fuerza de los que lo niegan, lo atacan y rechazan. Un mundo huérfano de ese buen Padre tiene el riesgo de caminar por sendas oscuras, deshumanizadoras. Y ahí percibimos la abundancia de esa mies: tantas personas anhelantes de Dios, sin saberlo, y resistiéndose a dar salida a ese anhelo. Nuestra impotencia encuentra en la bondad de Dios un puerto de salvación y esperanza. Tras nuestro esfuerzo, solo nos queda rogar al Padre de la mies que siga actuando y envíe esos obreros que el mundo está necesitando.

Feliz día, bajo la protección de S. Fermín.



Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

(1240-1304) Nicolás Boccasini nació en Treviso (Venecia, Italia), de familia humilde, pues su madre era lavandera, y entró en la Orden a los quince años. Gran amante e impulsor de la vida comunitaria, fue dos veces provincial de Lombardía. A los dos años de ser Maestro de la Orden fue nombrado cardenal por el papa Bonifacio VIII. Sucedió a Bonifacio VIII en el pontificado con el nombre de Benedicto XI el 22 de octubre de 1303, muriendo a los nueve meses de su elección. Fue grande en la humildad y la justicia y muy amante de la paz. Durante su breve pontificado ayudó decididamente a sus hermanos los frailes mendicantes, buscó la paz en Inglaterra y Alemania y la reconciliación de Francia con la Sede Apostólica. Murió en Perusa (Umbría) el 7 de julio de 1304 y su cuerpo se venera allí en la iglesia de Santo Domingo. Su culto fue confirmado en 1736.

Del Común de pastores: para un papa.

Oración colecta

Oh Dios, que esclareciste
al papa beato Benedicto
con un gran amor por la fraternidad
y con el supremo servicio a tu grey;
concédenos, por su intercesión,
ser siempre solícitos con los hermanos
y constantes en el servicio a la Iglesia.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Oración sobre las Ofrendas

Recibe, Señor,
las ofrendas que te presentamos
en la memoria del papa beato Benedicto;
que ellas nos merezcan,
como lo esperamos,
el auxilio de tu misericordia.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

Fortalecidos con el pan de vida,
te rogamos, Señor, que,
a ejemplo del papa beato Benedicto,
nos concedas servirte
con entrega generosa
y amar a nuestros hermanos
con dedicación incansable.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Mié

Jul
2020

Una viña arrasada es Israel,
el fruto es como ella.
Por la abundancia de sus frutos,
multiplicó sus altares.
Cuanto más rica era su tierra,

más adornaban sus estelas.
Su corazón es inconstante,
así pues pagarán.
Él mismo hará pedazos sus altares,
demolerá sus estelas.
Entonces dirán: «no tenemos rey
porque no tuvimos temor del Señor...,
y el rey ¿qué haría por nosotros?».
Ha desaparecido el rey de Samaría,
como una rama de la superficie del agua.
Serán destruidos los altozanos de la Iniquidad,
¡pecado de Israel!
Espino y maleza crecerán sobre sus altares.
Dirán a las montañas: «Cubridnos»,
y a las colinas: «Caed sobre nosotros».
Sembrad con justicia,
recoged con amor.
Poned al trabajo un terreno virgen.
Es tiempo de consultar al Señor,
hasta que venga y haga llover
sobre vosotros la justicia.

Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas,
glorias de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor. R/.

Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro.
Recordad las maravillas que hizo,
sus prodigios, las sentencias de su boca. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

En aquel tiempo, Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia.

Estos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo, y Tadeo; Simón el de Caná, y Judas Iscariote, el que lo entregó.

A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones:

«No vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaría, sino id a las ovejas descarriadas de Israel.
Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos».

Oseas, nos narra que Israel levanta altares en un tiempo de desolación. Con la desaparición de su rey, ahora tiene el corazón dividido, pero los ídolos no cubren la necesidad espiritual del pueblo. De ahí que se hable de una autodestrucción.

Por este motivo, Oseas proclama que: **“es tiempo de consultar al Señor, hasta que venga y llueva sobre vosotros la justicia”**.
Proclama que es el ahora de Dios, el cual Israel ha abandonado.

Un tiempo de consulta al Señor, es un tiempo dedicado a la oración, para dirimir toda cuestión importante en la vida, y ponerla en las manos de Dios. Sólo sabré qué bien me reporta la decisión que he tomado junto a Él, cuando obro según su voluntad.

La pandemia del Covie19, nos ha dejado desolados; si miramos a la cantidad de muertes que ha dejado en nuestro país, y en la totalidad del mundo, ha sido un virus devastador. Ha generado una gran crisis económica, y a mucha gente la ha dejado sin trabajo. Como Israel, nos ha dejado el corazón dividido entre la vida y Dios.

La propuesta de Oseas frente a la desolación es: **“Sembrad justicia y cosecharéis misericordia”**. Una de las maneras de sembrar justicia es poner en nuestro ámbito vital la actitud de la solidaridad fraterna. Sólo así podremos vencer en este momento las consecuencias nefastas de esta pandemia.

Es momento de sembrar nuevos valores que llamen al ser humano hacia un sobreponerse con esperanza de esta situación. La desolación no puede vivirse con un corazón dividido, ni con enfrentamientos. Es hora de reconstruir las alegrías, las esperanzas, el país.

No puede ser que nos quedemos igual que antes después de esta situación. No podemos seguir levantando ídolos, cuando lo que se necesita es una respuesta espiritual donde la justicia esté presente por encima de todo.

Es hora de sembrar justicia, junto a Dios, para cosechar la misericordia de Dios. Momento de depositar la confianza en el Dios, que abandonamos, rechazamos, o sustituimos. Es hora de consultar a Dios lo que no hemos sabido hacer y enfrentar en la vida. Es hora de consultar a Dios los nuevos pasos de libertad con los que afronto la decadencia, y la transformo en un campo frondoso.

El Evangelio de Mateo, sitúa a Jesús convocando a sus discípulos, y llamándolos por su nombre. Les da la autoridad para expulsar demonios y curar enfermos. El evangelista quiere dejar constancia de sus nombres, porque son personas concretas las que forman el grupo de los doce, uno por cada tribu de Israel. A través de ellos, surgirá el nuevo Israel del cielo.

Jesús les da instrucciones precisas: *id a las ovejas descarriadas de Israel*. A los que no cuentan para la sociedad, a los alejados de Dios, a los que se han desviado del camino de Dios y de la vida. Ellos son los destinatarios de la acción salvadora del Reino de Dios, los invitados al banquete.

De ahí, que no es de extrañar, el ver a Jesús acompañado de publicanos, pecadores, adúlteras, prostitutas, lisiados, leprosos; todos son invitados a la acción salvífica de Dios. Jesús los sana de sus heridas, y les ofrece el perdón. Son sus invitados de preferencia.

El mandato que da a sus discípulos es proclamar la cercanía del Reino de Dios. Dicha proclamación se centra en que Dios no está oculto de nuestras vidas y sufrimientos; Dios ha escuchado nuestro clamor, se ha hecho presente en la persona del Hijo, encarnándose en Jesús de Nazaret.

El Hijo nos invita a participar de la vida de Dios. Nos invita a habitar en su casa, a comer junto a Él, a orar con Él. Y nos muestra la ternura de Dios. Dios es un Padre para los extraños. Con su ternura nos muestra el cuidado que tiene con los enfermos, y abatidos; en Él podemos poner nuestra confianza.

Es un mensaje siempre nuevo, ya que muchas sociedades de nuestro entorno han abandonado a Dios. La juventud lo desconoce, y se abre un horizonte de predicación arduo, pero no por ello deja de ser atrayente para el predicador.

Oremos por los evangelizadores de este tiempo, para que sepamos acompañar a los descarriados y desheredados de esta tierra, para que seamos aliento de vida, de fe y esperanza para ellos. Que seamos consuelo en la adversidad, y ánimo en el abatimiento.



Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

(1476-1539) Adriano nació hacia el año 1476 de noble familia en el condado de Devon (Inglaterra). Odiado por su virtud, sufrió la cárcel y finalmente el martirio por no prestar juramento de fidelidad al rey en cuestiones de fe. Murió en Londres el 8 de julio de 1539 y su cuerpo no fue recuperado. Su culto fue confirmado en 1895.

Del Común de un mártir o de santos varones.

Oración colecta

Oh Dios, que diste al beato Adriano
un admirable espíritu de piedad y fortaleza;
escucha la oración de tu pueblo
y concédenos que,
aleccionados con su glorioso ejemplo,
aprendamos a obedecerte a ti
antes que a los hombres.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Jue

Jul
2020

Esto dice el Señor:

«Cuando Israel era joven lo amé
y de Egipto llamé a mi hijo.
Cuanto más los llamaba,
más se alejaban de mí:
sacrificaban a los baales,
ofrecían incienso a los ídolos.
Pero era yo quien había criado a Efraín,
tomándolo en mis brazos;
y no reconocieron que yo los cuidaba.
Con lazos humanos los atraje,
con vínculos de amor.
Fui para ellos como quien alza
un niño hasta sus mejillas.
Me incliné hacia él
para darle de comer.
Mi corazón está perturbado,
se conmueven mis entrañas.
No actuaré en el ardor de mi cólera,
no volveré a destruir a Efraín,
porque yo soy Dios,
y no hombre;
santo en medio de vosotros,
y no me dejo llevar por la ira».

Pastor de Israel, escucha,
tú que te sientas sobre querubines, resplandece,
despierta tu poder y ven a salvarnos. R/.

Dios de los ejércitos, vuélvete:
mira desde el cielo, fíjate,
ven a visitar tu viña.
Cuida la cepa que tu diestra plantó
y al hijo del hombre que tú has fortalecido. R/.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:
«Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios.
Gratis habéis recibido, dad gratis.

No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento. Cuando entréis en una ciudad o aldea, averiguad quién hay allí de confianza y quedaos en su casa hasta que os vayáis. Al entrar en una casa, saludadla con la paz; si la casa se lo merece, vuestra paz vendrá a ella. Si no se lo merece, la paz volverá a vosotros.

Si alguno no os recibe o no escucha vuestras palabras, al salir de su casa o de la ciudad, sacudid el polvo de los pies.
En verdad os digo que el día del juicio les será más llevadero a Sodoma y Gomorra, que a aquella ciudad».

El punto cumbre de la revelación de la misericordia divina en el Antiguo Testamento lo encontramos en el profeta Oseas. Inicia su actividad profética en el reino del Norte en el siglo VIII a.C. en una época de prosperidad económica, durante el reinado de Jeroboán II. El mensaje de Oseas va a estar encaminado a condenar la *perversión* de las relaciones del ser humano en su doble dimensión: la *idolatría*, y la *injusticia-corrupción*, perversiones de la relación con Dios y con los hermanos, respectivamente.

El profeta relata lo que Israel ha vivido hasta ahora. El Señor se había comprometido con su pueblo, lo había sacado de Egipto, había establecido una alianza con él y lo había conducido por el desierto hasta la tierra prometida. Las imágenes con las que presenta la relación de Dios con su pueblo llenas de ternura en clave paterno-materno filial son muy gráficas: *como un padre o una madre que enseña a caminar a sus hijos, lo atrae con lazos de amor, lo alza cariñosamente hasta sus mejillas y le da de comer inclinándose y poniéndose a su altura*. Sin embargo, el pueblo no ha respondido como se esperaba a tanto derroche amoroso: *Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí*.

Frente a esto, y como respuesta lógica, Dios se plantea castigar al pueblo y dejar que caigan en manos de los pueblos vecinos para que lo destruyan (Os 11,5-6). Pero ¿cómo podría abandonar a su pueblo? (Os 11, 8a). En el corazón de Dios brota inesperadamente un sentimiento impropio de todo un Dios, un sentimiento que rompe toda lógica. Su corazón da la vuelta y se estremecen sus entrañas. La misericordia, identidad de Dios, hace que su corazón dé un vuelco y reoriente su acción.

Ante esto, no podemos dejar de preguntarnos: ¿Cómo es nuestra reacción ante las respuestas de debilidad de nuestros hermanos y hermanas? ¿Emanan de la lógica o provocan que nuestro corazón dé un vuelco en un derroche de ternura compasiva?

El evangelio de hoy proclama una parte del discurso misionero de Mateo (10,1-42). Jesús nos invita a *id, y proclamad que ha llegado Reino de los cielos*. Esa realidad del Reino de justicia y paz, tan ansiada por el pueblo de Israel ya está aquí, pero hemos de salir de nuestros círculos concéntricos que siempre nos devuelven a nuestro propio ego, e ir a comunicarlo y transmitirlo a nuestros hermanos y hermanas. Como buen Maestro, Jesús detalla cómo ha de “ejecutarse” esta proclamación. Y para eso nada mejor que realizar gestos de alivio y sanación, gestos que devuelvan la salud y la vida a tanta gente que vive la vulnerabilidad existencial: *Curad enfermos, resucitad muertos, arrojad demonios*.

Para llevar a cabo esta tarea necesitamos equipar nuestra mochila con dos actitudes: una mirada compasiva y un corazón confiado. Para salir a los caminos de nuestro mundo, que vive una realidad tan imprevisible y tan desconcertante, hemos de “activar” nuestra mirada y ponerla en modo “compasiva”, a fin de que nuestras entrañas puedan estremecerse ante el dolor y la fragilidad de nuestros hermanos y hermanas. Pero también necesitamos un corazón confiado en el Señor que nos envía. No necesitamos ni *alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón*. Él sabe bien lo que necesitamos para esa misión, qué energías hemos de poner en juego, que dinámicas hemos de desarrollar. En este tiempo en que el ser humano ha vivido y vive la vulnerabilidad, y en ocasiones hasta la precariedad, como seguidores de Jesús, no podemos quedarnos de brazos cruzados siendo meros espectadores. El Señor nos pide que nos impliquemos, y si es necesario, que nos compliquemos. Basta reconocer con gratitud que “lo que hemos recibido gratis, hemos de darlo gratis”.

¿Qué gestos de alivio y sanación, ante esta vulnerabilidad estoy realizando para proclamar que el Reino ya está aquí? ¿Llevo en mi equipaje existencial una mirada compasiva y un corazón confiado?



Congregación de Santo Domingo

Con San Juan Heer la historia ha sido escasa en datos; pero sí sabemos que nació en Colonia a principios del siglo XVI. Ingresó en plena juventud en el Convento de Santa Cruz de su ciudad natal. Ya sacerdote pide ser destinado a Holanda, pues allí los católicos padecen una dura persecución por parte de los Calvinistas.

Allí ejerció su apostolado secretamente hasta que es encarcelado junto a una veintena de religiosos: franciscanos, agustinos y sacerdotes seculares. Les fuerzan a renegar de la Sagrada Eucaristía y del Papa de Roma.

Los carceleros les fuerzan a renegar de la Eucaristía y del Papa de Roma. Ante su negativa, son conducidos al suplicio. Allí les desnudan y son colgados durante horas. Más tarde les depositan en el suelo donde les amputan los miembros y les abren el vientre.

Fueron ahorcados y descuartizados en la ciudad de Briel, la noche entre el 8 y 9 de julio de 1572. Fueron sepultados en la ciudad de Gorichen y sus reliquias se veneran desde 1618 en la iglesia franciscana de Bruselas. Fueron beatificados el 24 de noviembre de 1675.

San Juan de Colonia es mártir de la fidelidad al Vicario de Cristo. Fue canonizado por el Papa Pío IX el 29 de junio de 1867. San Juan de Colonia es modelo de ecumenismo.

Más información en la sección de [Grandes Figuras](#)

Oración colecta

Oh Dios, tú nos das
un admirable ejemplo de fe y fortaleza
en el glorioso martirio
de san Juan y sus compañeros;
concédenos, por su intercesión y a ejemplo suyo
que, mostrándonos fuertes
ante las adversidades del mundo,
perseveremos hasta el fin
en la confesión de la verdadera fe.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Padre Santo,
las ofrendas que te presentamos
en la memoria de tus santos mártires,
y da a tus hijos
que merezcamos permanecer firmes
en la confesión de tu nombre.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

Oh Dios, que de modo admirable
manifiestas el misterio de la cruz
en la muerte de tus mártires,
concédenos benignamente que,
fortalecidos por este sacrificio,
nos unamos fielmente a Cristo
y actuemos en la Iglesia
buscando el bien de todos.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Esto dice el Señor:

«Vuelve, Israel, al Señor tu Dios,
porque tropezaste por tu falta.

Tomad vuestras promesas con vosotros,
y volved al Señor.

Decidle: «Tú quitas toda falta,
acepta el pacto.

Pagaremos con nuestra confesión:

Asiria no nos salvará,
no volveremos a montar a caballo,
y no llamaremos ya “nuestro Dios”
a la obra de nuestras manos.

En ti el huérfano encuentra compasión».

«Curaré su deslealtad,

los amaré generosamente,
porque mi ira se apartó de ellos.

Seré para Israel como el rocío,

florecerá como el lirio,

echará sus raíces como los cedros del Líbano.

Brotarán sus retoños

y será su esplendor como el olivo,

y su perfume como el del Líbano.

Regresarán los que habitaban a su sombra,

revivirán como el trigo,

florecerán como la viña,

será su renombre como el del vino del Líbano.

Efraín, ¿qué tengo que ver con los ídolos?

Yo soy quien le responde y lo vigila.

Yo soy como un abeto siempre verde,

de mí procede tu fruto».

¿Quién será sabio, para comprender estas cosas,

inteligente, para conocerlas?

Porque los caminos del Señor son rectos:

los justos los transitan,

pero los traidores tropiezan en ellos.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,

por tu inmensa compasión borra mi culpa;

lava del todo mi delito,

limpia mi pecado. R/.

Te gusta un corazón sincero,

y en mi interior me inculcas sabiduría.

Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;

lávame: quedaré más blanco que la nieve. R/.

Oh, Dios, crea en mí un corazón puro,

renuévame por dentro con espíritu firme.

No me arrojes lejos de tu rostro,

no me quites tu santo espíritu. R/.

Devuélveme la alegría de tu salvación,

afíanzame con espíritu generoso.

Señor, me abrirás los labios,

y mi boca proclamará tu alabanza. R/.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:

«Mirad que yo os envío como ovejas entre lobos; por eso, sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas.

Pero ¡cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio ante ellos y ante los gentiles.

Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros.

El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo; se rebelarán los hijos contra sus padres y los matarán.

Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra.

En verdad os digo que no terminaréis con las ciudades de Israel antes de que vuelva el Hijo del hombre».

En esta profecía de Oseas vemos cómo el mismo Señor pide a su pueblo que abandone su pecado y que vuelva a él. Le hace esta invitación ofreciéndole su perdón total y sin límites, aunque hayan ido detrás de falsos dioses, de ídolos, aunque hayan “llamado dios a la obra de nuestras manos”, Dios les ofrece su perdón y su amor. “Los amaré sin que lo merezcan, mi cólera se apartará de ellos” Y describe esa nueva situación de seguir a Dios en términos casi paradisiacos, y les habla de ser rocío, azucena, álamo, olivo, viña abundante, ciprés frondoso...

Concluye ensalzando los caminos del Señor, caminos que llevan a la felicidad de vivir... y que los pecadores los rechazan, tropezando en ellos.

Jesús, en esta misma línea, nos habla de Dios Padre bondadoso y lleno de misericordia, que perdona al despistado hijo menor, al hijo mayor y a todos nosotros sus hijos, ofreciéndonos el banquete de su amor y de su perdón.

La verdad es que oyendo a Jesús en este evangelio, dan ganas de no seguirle, porque no solo anuncia a sus apóstoles que les envía como ovejas en medio de lobos, sino que van a sufrir toda clase de persecuciones, será causa de la división de las familias, “todos os odiarán por mi nombre”.

Es cierto que en la primitiva iglesia, muchos seguidores y predicadores de Jesús se vieron reflejados en estas palabras, muchos murieron martirizados por seguir a Jesús, por no renunciar a él. Es cierto que el mismo Jesús, por predicar su buena noticia, recibió la muerte en la cruz. Es cierto que muchos, desde entonces y desde ahora, rechazan a Jesús y a sus seguidores y que sigue habiendo mártires cristianos.

Pero esto es solo un parte en la vida de Jesús y en la de todos sus seguidores a través de los tiempos. Hay una parte muy positiva. Ya Jesús, después de su muerte en la cruz resucitó, venciendo para siempre a la muerte. Y sus seguidores de todos los tiempos, más allá de sufrimientos y persecuciones, recibimos un tesoro, el tesoro de la amistad con Jesús que nos hace vivir la vida con sentido, con gozo, con esperanza. Vale la pena y la alegría seguir a Jesús. Salimos ganando. A millones y millones de personas nos ha conquistado el corazón y le hemos nombrando, el amor primero de nuestra vida.



Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb

Jul
2020

Hijo mío, si aceptas mis palabras,
si quieres conservar mis consejos,
si prestas oído a la sabiduría
y abres tu mente a la prudencia;
si haces venir a la inteligencia
y llamas junto a ti a la prudencia;
si la procuras igual que el dinero
y la buscas lo mismo que un tesoro,
comprenderás lo que es temer al Señor
y alcanzarás el conocimiento de Dios.
Porque el Señor concede sabiduría,
de su boca brotan saber e inteligencia;
atesora acierto para el hombre recto,
es escudo para el de conducta intachable;
custodia la senda del honrado,
guarda el camino de sus fieles.
Entonces podrás comprender
justicia, derecho y rectitud,
el camino que lleva a la felicidad.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. *R/.*

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. *R/.*

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligido invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. *R/.*

El ángel del Señor acampa en torno
a quienes lo temen y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. *R/.*

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que lo temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada. *R/.*

En aquel tiempo, dijo Pedro a Jesús:

«Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?».

Jesús les dijo:

«En verdad os digo: cuando llegue la renovación y el Hijo del hombre se siente en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna».

La festividad de hoy de S. Benito, patrón de Europa, es un buen momento para reflexionar sobre nuestras vidas. Su ejemplo y testimonios, principalmente la Regla escrita para sus monjes y para una gran parte de órdenes religiosas inspiradas en ella, es también una guía segura para nuestra espiritualidad. Reza y trabaja, ponte en manos de Dios y construye su ciudad en la tierra, para hacerte una morada también en el cielo. Y las lecturas del día nos iluminan sobre cómo ajustarnos en esta tarea religiosa. En

Proverbios nos inculcan la escucha y obediencia a Dios, porque Dios es la inteligencia y la prudencia. ¡Búscales, invócale, acéptale , y alcanzarás el conocimiento de Dios. ¡Una sabiduría que nos obliga a ser personas rectas, intachables, prudentes, sensatas. Personas positivas y ejemplares que ponen la justicia y el derecho como paradigma de todas sus obras. Estar en conexión con Dios es moverse en el consenso, en la generosidad, en el empuje para construir una sociedad justa y solidaria. Pedimos al señor sabiduría para saber comportarnos siempre como verdaderos mensajeros de su salvación en la construcción de un mundo justo.

En este fragmento del evangelio de Mateo se nos propone el seguimiento de Jesús con total radicalidad. Convertirse al Señor es priorizar el seguimiento por encima de la ley y de las obras, por encima de la familia y las riquezas, por encima de cualquier esperanza de premio. Pedro todavía no ha entendido bien la figura de Jesús. ¿Qué nos va a tocar?, le pregunta, con admiración por Jesús, pero también con una expectativa lucrativa. Y la respuesta que recibe es inquietante: una promesa de eternidad. “Aquel que deja casa, hermanos, padre o madre, mujer, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna”. Nada terreno, Jesús les invita a abandonarse en su seguimiento. No necesitan nada, ningún arraigo ni apego, porque Jesús es la heredad, el cumplimiento, la vida. Jesús los llama para que sean sus compañeros, sus amigos. Quiere que colaboren en la predicación del Reino de Dios, y por eso les da poder para curar enfermos, expulsar demonios, vivir la fuerza del Reino de Dios. Jesús les hace pescadores de hombres. Y como Él, también ellos sufrirán persecución y habrán de cargar con su cruz. Seguir a Jesús es compartir la comunión del destino de Jesús, un camino de fe y de salvación que se cumplirá en la vida futura con el Cristo glorioso. Este es también el reto que nos toca vivir a nosotros en estos nuevos tiempos. Llevar el mensaje de salvación a nuestra sociedad mediante un estilo de vida impregnado del estilo de Jesús. Desde la intimidad del encuentro y escucha de sus palabras y acciones, recoger la apuesta que significó la resurrección del Señor y la entrada en una nueva creación. Jesús no sólo nos abre a una vida plenamente humana con valores de justicia, solidaridad, compasión, perdón y compromiso por un mundo mejor, sino que ilumina nuestro mundo con una dimensión trascendente, abierta al Padre creador y al Espíritu que nos permite llamar a Dios Padre. Nos hace entrar en la dimensión de eternidad al participarnos la vida y misterio del mismo Dios. Nos da su espíritu para que seamos fermento de vida y esperanza en la construcción de una nueva sociedad descargada de pecado e injusticia. Como creyentes y discípulos del Jesús presente, que no nos deja huérfanos, nuestro compromiso debe alentar la esperanza, abanderar la lucha por la justicia y el bienestar para todas las personas, y despertar la conciencia por la creación de un mundo más justo, equitativo y solidario. Esta es la tarea que hoy se hace igual de urgente testimoniar y hacer presente en nuestras sociedades menos religiosas.

¿Procuramos abrirnos a Jesús en la oración para darnos al prójimo en respuesta de esperanza y compasión?



Fraternidad de Laicos Dominicanos de San Martín de Porres (Madrid)

Sobre el lugar en que Benito nace y sobre su familia San Gregorio sólo nos dice: Nacido en la región de Nursia en una familia acomodada». La tradición dará por supuesto que Benito nació no sólo en la región de Nursia, sino en la misma ciudad de Nursia, actualmente Norcia, provincia de Perugia. Nació hacia el año 480. Por lo que el mismo santo pontífice escribe, al final ya de los Diálogos, sabemos que tuvo al menos una hermana, Escolástica. A los dieciséis o diecisiete años Benito «fue enviado a Roma a cursar los estudios literarios» (Diál., II, D. Le acompañó su fiel nodriza.

¿Qué estudió en Roma? Es de suponer que lo que entonces se solía estudiar: retórica, filosofía y derecho. La regla, que redactará en la plenitud ya de su vida, es prueba clara de que su autor poseía una notable formación literaria.

Como buen cristiano que era, durante su estancia en Roma asistiría con fidelidad a las celebraciones litúrgicas en alguna de las basílicas romanas y oraría ante la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo y la de tantos y tantos mártires. [...] Pero en el alma del joven de Nursia se había ido afianzando el ideal de una vida cristiana seria y comprometida y el riesgo de dejarse arrastrar por el ambiente moralmente malsano en que se movía la juventud estudiantil le alarmó. Y fue precisamente esto último lo que, según San Gregorio, le impulsó a despreciar los estudios literarios y a abandonar la casa y los bienes de su padre (Dial., II, pról.).

Salió de Roma y «acompañado únicamente de su nodriza, que le amaba tiernamente, llegaron a un lugar llamado Effide —hoy Affile hoy—, donde, retenidos por la caridad de muchos hombres honrados, se quedaron a vivir junto a la iglesia de San Pedro» (Dial., II, 1), ¿Cuánto tiempo?

No parece que fuera poco. De todos modos en los planes del joven Benito era un primer paso, sólo un primer paso. El paso siguiente y decisivo lo dio al verse rodeado de la admiración de todos por su primer hecho milagroso. Como en Roma, su nodriza se preocupaba de que nada le faltase. Un día ésta pidió prestada a las vecinas una criba de barro para limpiar el trigo con el que, molido, preparar el pan para los dos. «La dejó incautamente sobre la mesa y fortuitamente cayó al suelo y se partió en dos trozos». Viendo rota la criba, rompió a llorar desconsolada la pobre nodriza. Al verla Benito, conmovido, tomó los dos trozos de la criba y se entregó a la oración. Al levantarse, la criba estaba entera. «Y consolando cariñosamente a su nodriza, le devolvió entera la criba».

La noticia corrió rápidamente por el pueblo y el ambiente se le hizo insostenible a Benito. ¿Qué hacer? Poner en práctica sin esperar más el plan de hacerse ermitaño que venía acariciando desde hacía tiempo. Y decidido, "huyó a escondidas de su nodriza y buscó el retiro en un lugar solitario, llamado Subiaco, distante de la ciudad de Roma unas cuarenta millas —unos 75 kilómetros—, un lugar en el que manan aguas frescas y límpidas, cuya abundancia se recoge primero en un gran lago y luego sale formando un río» (Dial., II, 1).

No es difícil imaginar la vida del joven ermitaño. Conocía, sin duda, la vida de los padres del desierto, la vida de San Antonio, prototipo de éstos, sobre todo. Como ellos contemplaría a Dios presente en todo, rezaría salmos, recordaría meditativamente la vida del Señor y los grandes acontecimientos de la Historia Sagrada, Tendría luces y consuelos. Mas también tentaciones y desolación. [...]

Con el tiempo Benito fue descubierto y la soledad de su cueva se convirtió en lugar de encuentro para algunos (Diál., II, 1.). [...] A no tardar mucho, Benito se ve rodeado de fieles cristianos que abrazan la vida monástica y tienen en él un guía y un animador en los caminos que llevan a Dios. Con ellos pone en marcha doce monasterios, doce construcciones rudimentarias sin duda, con doce monjes en cada uno. De todos ellos Benito es padre espiritual y guía en los caminos que llevan a Dios. Organización esta de la vida monástica que recuerda no poco a la de San Pacomio.

En Subiaco pasa San Benito algo más de 25 años. Tiene, pues, ya cerca de 50 años. Dejándose llevar de la mano providente de Dios, el joven que se encerraba en la cueva de Subiaco para toda la vida se había convertido en padre de un grupo notable de monjes, en un experimentado abad.

La envidia de un sacerdote de la región, envidia que termina en odio mortal que le lleva a intentar pervertir a los discípulos del santo abad, mueve a éste a tomar una decisión radical: ausentarse él de Subiaco. Del infeliz sacerdote dice San Gregorio que se llamaba Florencio y que era «el abuelo de nuestro subdiácono Florencio».

Antes de ausentarse se preocupa de que los doce monasterios, que le han tenido a él como abad, sigan funcionando con normalidad. Para ello nombra para cada monasterio un abad (Dial., II, 8).

Es bastante probable que la causa por la que San Benito deja Subiaco y se dirige a Montecassino no fuese sólo evitar las consecuencias para sus monjes del odio del pobre sacerdote Florencio, sino también responder a la petición de personas influyentes que le habían sugerido que convirtiese en monasterio las ruinas existentes en la montaña que se eleva cerca de la ciudad de Casinó.

Lo que por otra parte le permitiría intentar convertir en realidad el ideal monástico que poco a poco había ido madurando. Subiaco, en efecto, había sido para él un campo muy rico en experiencias. [...]

[En Montecasino], en la transformación de los edificios existentes y en la construcción de nuevos edificios trabajaron los monjes bajo la dirección de su abad (Dial., II, 9,10,11...). Poco a poco el nuevo monasterio fue reuniendo las condiciones para que los monjes, sin salir de la cerca del monasterio, estrechasen más y más los lazos de la caridad fraterna, celebrasen solemnemente el «Opus Dei» (la «obra de Dios u oficio divino»), se entregasen a la lectio divina y a la contemplación, comiesen, durmiesen y recibiesen a los huéspedes «que nunca faltan en los monasterios.

[...] Fue un orante. Vivió sumido en la contemplación. Orando le encuentran los que a él se acercan. Y orando obtiene que Dios ayude, milagrosamente a veces, a los que le piden algo. Como imagen viva de lo que su biografiado fue, San Gregorio dedica todo un largo capítulo, el 35, a una visión que San Benito tuvo al final ya de su vida, visión en la que «vio el mundo entero congregado ante sus ojos». Esta visión la tuvo, cuando, como de costumbre, «mientras aún dormían los hermanos, el hombre de Dios Benito, solícito en velar, se anticipaba a la hora de la plegaria nocturna de pie junto a la ventana y oraba al Dios omnipotente» (Dial., II, 35).

[...]En la última etapa de su vida compuso lo que él llama varias veces y después así la han llamado sus hijos e hijas la Santa Regla. San Gregorio, que la conocía bien, hace de ella este cálido elogio: «No quiero que ignores que el varón de Dios, entre tantos milagros con que resplandeció en el mundo, brilló también por su doctrina; porque escribió una regla para monjes, notable por su discreción y clara en su lenguaje». Una regla que, como el mismo San Gregorio afirma a continuación, es un fiel reflejo de su vida.

Todos los años se reunían cerca de Montecasino San Benito y su hermana Escolástica, santa también, de la que San Gregorio dice que «se había consagrado a Dios desde su más tierna infancia». Ambos morirían en 547, Escolástica tres días después de este encuentro, el 10 de febrero, Benito el 21 de marzo. A este encuentro y a la muerte de ambos dedica San Gregorio los capítulos 33 y 34 de los Diálogos.

Como en años anteriores pasaron el día juntos, «ocupados en la alabanza divina y en santos coloquios». [...] «Y al acercarse las tinieblas de la noche tomaron juntos la refección». Al ver que Benito se disponía a levantarse de la mesa, Escolástica le dice: «Te suplico que no me dejes esta noche, para que podamos hablar hasta mañana de los goces de la vida celestial». A lo que Benito replica tajante: «¡Qué es lo que dices, hermana! En modo alguno puedo permanecer fuera del monasterio». [...] Escolástica calló. Conocía bien a su hermano. Pero no se dio por vencida. «Juntó las manos sobre la mesa con los dedos entrelazados, y apoyando en ellas la cabeza comenzó a orar a Dios omnipotente». Y Dios omnipotente escuchó su oración. Una inesperada tormenta comenzó a descargar sobre la región. «Que Dios te perdone, hermana, ¿qué has hecho?», le dice contrariado Benito. A lo que Escolástica le contesta irónica: «Te lo pedí a ti y no me escuchaste; se lo he pedido a mi Señor y me ha escuchado. Sal ahora si puedes; vete al monasterio». Y San Gregorio sentencia: Dios es amor y era justo que tuviese más poder quien más amaba».

Tres días después San Benito vio el alma de su hermana volar al cielo bajo la forma de una paloma. [...] Pasado poco más de un mes moría San Benito. [...] «Fue enterrado en el oratorio de San Juan Bautista, que él mismo había edificado en el lugar en que había sido demolido el altar de Apolo y tanto aquí como en la cueva de Subiaco, donde antes había habitado, brilla hasta el día de hoy por sus milagros, cuando lo merece la fe de quienes lo piden» (Dial., II, 37).

La fama de santidad, con la que mientras vivió le rodearon los que le conocieron, no parece que se extendiera después de su preciosa muerte mucho más allá de Montecasino, de Subiaco y de algunos otros monasterios que se habían beneficiado de su paternal dirección o que habían adoptado su regla como norma de vida monástica (Cfr. Dial., II, 37), monasterios que, por otra parte, habían sido arrasados por los longobardos.

Será más tarde, pasados no menos de 45 años, cuando el nombre de San Benito y su regla se extenderán por toda Europa. El impulso decisivo lo dio el santo pontífice Gregorio al hablar largamente en sus Diálogos con admiración y veneración del «hombre de Dios Benito» y del valor de su Regla y al enviar a Inglaterra a monjes del monasterio de San Andrés, que vivían según la regla de San Benito. A no tardar mucho, como fruto de una de las más bellas epopeyas, Europa quedará materialmente poblada de grandes abadías y de pequeños prioratos que tendrán a San Benito como padre y a su regla como norma de vida, razón por la cual se le considera a San Benito como el padre de los monjes de Occidente.

Y porque, sirviéndose de la cruz, de las letras y del arado», los hijos de San Benito atrajeron a la civilización cristiana «a los pueblos que habitaban desde el mar Mediterráneo hasta las regiones escandinavas y desde Irlanda hasta las tierras de Polonia», el papa Pablo VI declaró a San Benito, en 1964, Patrono principal de Europa.

Augusto Pascual, O.S.B.

El día **12 de Julio de 2020** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).